

NOTA A LA PRIMERA EDICIÓN

Un manual de “historia de la filosofía medieval” abarca prácticamente –según los usos académicos establecidos– la mitad del decurso filosófico. Por ello, la exposición de un período de quince siglos, suficientemente documentada y completa, libre de simplificaciones fáciles y descripciones tópicas, en un único volumen, resulta, de entrada, una empresa arriesgada. Si a los anteriores escollos añadimos el deseo de situar históricamente los desarrollos doctrinales narrados, de forma que el lector pueda conocer, aunque sólo de modo somero, el hábitat en el que surgieron las polémicas y se acuñaron las distintas soluciones filosóficas, el proyecto se vuelve particularmente difícil.

De algunos propósitos pretendidos en este manual dejo constancia en el § 6, que expresa cuál es mi sentir con relación al largo itinerario de la filosofía. Entiendo que este camino, desde sus albores, en la Grecia jónica, hasta nuestros días, describe un proceso acumulativo, con sus inevitables crisis y paréntesis, avances y retrocesos, pero sin serias soluciones de continuidad. Es posible que mis afirmaciones sean un tanto provocativas y heterodoxas, pues son muchos los que se empeñan, aunque por motivos diversos, en destacar la tesis de la discontinuidad. No desearía, sin embargo, que se interpretaran estas apreciaciones como un desafío, sino sólo como una hipótesis de trabajo.

Quisiera destacar aquí también un empeño metodológico que tiene asimismo algunas implicaciones epistemológicas. En mi opinión, todo filósofo está “situado” y debe leerse e interpretarse, por tanto, en su contexto histórico, aun cuando todos ellos hayan pretendido alcanzar la verdad de las cosas en su sentido más pleno y absoluto. Por consiguiente, parece oportuno abandonar la concepción de una ciencia filosófica al margen de las ideas religiosas, políticas, jurídicas, económicas, estéticas o literarias. Aunque el libro que el lector tiene en sus manos no es una “historia total” de la filosofía, el estudioso encontrará en él bastantes epígrafes que se salen de los tópicos hasta ahora considerados como propios y exclusivos de la Historia de la filosofía medieval, entendida como disciplina académica. Son temas que algunos puristas quizá estimen poco “metafísicos”, pero que, no por ello, son menos filosóficos y, en todo caso, resultan imprescindibles para una adecuada comprensión del desarrollo de las ideas filosóficas.

El presente libro es fruto de veinte años de docencia en la Universidad de Navarra y ha tenido, en forma más abreviada, algunos precedentes¹. Por este motivo considero oportuno señalar aquí las novedades de mayor relieve que amplían o revisan planteamientos anteriores.

He prestado una atención especial a la periodización de la filosofía medieval y al debate en torno a la “filosofía cristiana”. Por lo que ya adelanté, no aprecio una crisis de continuidad en la filosofía medieval, ni entre la medieval y los primeros momentos de la moderna, si se exceptúa el descubrimiento de la trascendencia del *esse* por parte de Aquino; hallazgo que, a mi juicio, no fue debidamente valorado hasta pasados varios siglos. De todas formas, hubo una preparación tímida y muy laboriosa del descubrimiento de la trascendencia del *esse* que remonta a Boecio, como reconoce el propio Aquino al comentar el *De hebdomadibus*, rindiendo tributo al gran traductor romano. Por ello, ni siquiera la síntesis aquiniana, a pesar de su novedad, se sustrajo a la *Wirkungsgeschichte*.

En la presente edición se ha realizado más el argumento agustiniano de las “dos ciudades” y los primeros pasos de la “filosofía política medieval” (el problema de las “dos espadas”, el decreto gelasiano, los orígenes del apócrifo *Constitutum Constantini* y la supuesta “donatio”). Este asunto, que con frecuencia ha sido soslayado por los manualistas, constituye, a mi entender, uno de los temas más ricos de la especulación filosófica medieval, como testifican Aquino, Egidio Romano, Viterbo, Dante, Marsilio y Ockham, entre otros. El *Venerabilis Inceptor* cierra un ciclo de cien años en que polemizaron ásperamente hierócratas y teócratas contra regalistas e imperialistas. En ocasiones, el debate se centró en las disputas entre güelfos y gibelinos, es decir, en un ambiente exclusivamente romano. Al final de este período, a la muerte de Ockham, el “espíritu laico”, como lo suele denominar la medievalística, había adquirido carta de naturaleza, y la bula *Unam sanctam* había quedado arrinconada.

En la medida en que he comprendido su abigarrada síntesis, he procurado matizar mis estimaciones sobre Juan Escoto Eriúgena; y, en el ámbito de la filosofía árabe-musulmana, he revisado la dificultad de las “modalidades” tal como las presenta Avicena. Al ofrecer la síntesis aviceniana, no podía obviar la cuestión del “límite” que Ibn-Sînâ resolvió por la vía mística.

Me ha parecido imprescindible mencionar algunas escritoras medievales de los siglos XII y XIII, surgidas en los ámbitos culturales centroeuropeos, que escribieron en latín o ya en lengua vernácula. Asimismo, he tomado en cuenta las

¹ En 1985 publiqué, en la editorial EUNSA, una *Historia de la Filosofía Medieval*, que en 1999 alcanzó su tercera edición, y ya está agotada. En 2001 salió a la luz también en la misma editorial una versión reducida con el título de *Breve Historia de la Filosofía Medieval*.

tesis de Alberto Magno y Ramon Llull acerca del imaginario femenino, por mostrar dos propuestas medievales antagónicas sobre el tema.

Al desarrollar la síntesis filosófica de Santo Tomás, me he asomado a la controversia sobre el “pulchrum”: el “trascendental supuestamente olvidado” por Aquino, como pretendieron Étienne Gilson y otros tomistas del siglo XX. Jan Aertsen y Antonio Ruiz Retegui han sido mis guías en este intrincado asunto.

He prestado atención al problema epistemológico escotista (en esto soy deudor de las cavilaciones de Albert Zimmermann y Ludger Honnefelder). Sospecho, además, que las demostraciones escotistas de la existencia de Dios exigen una aceptación de la “posibilidad del infinito actual” que entronca, a mi entender, con las modalidades avicenianas. En esto me inspira Étienne Gilson. Es posible que algunos colegas discrepen de tales puntos de vista; pero, ahí están... *et je ne regrette pas!* También he incluido un nuevo epígrafe dedicado al “dominio” y a la “propiedad”, en el marco de la discusión sobre el “usus pauper”, que tanto influyó en la constitución del Derecho subjetivo (en terminología de Luca Parisoli) y en las reflexiones sobre la condición de la libertad humana.

Los capítulos sobre la filosofía renacentista se abren con Nicolás de Cusa y se cierran con la muerte de Carlos V (1558). Este largo periodo, posterior a la crisis cismática occidental, resuelta en 1417 (con la elección de Martín V), y anterior a la recepción de la reforma tridentina, se caracteriza por una reflexión de nuevo cuño. Ésta, si bien aspira a resolver sus propios problemas con independencia del legado medieval, no puede sustraerse al influjo de la filosofía escolástica, de la que es su lógico colofón. El impacto del *corpus* platónico, casi desconocido en Occidente antes del Concilio unionista de Florencia, configuró un clima cultural que, sin ser moderno en sentido estricto, tampoco fue propiamente medieval, aunque derivara del Medievo. Esta nueva atmósfera intelectual se distinguió por los intentos de separar epistemológicamente la filosofía de la teología bajo la influencia, más o menos perceptible, de un nuevo aristotelismo averroísta; por los deseos de arrumar la fría y desencarnada especulación filosófica –transida de ockhamismo y nominalismo– dando entrada a las jugosas disquisiciones literarias humanísticas; y por la apertura de la meditación académica a nuevos temas, aportados por el descubrimiento de las Indias Occidentales. Buena prueba de este aserto es que la filosofía renacentista volvió su mirada al Altomedievo para reencontrarse con algunas tesis tomasianas bastante olvidadas durante el período aviñonense.

Una característica de la filosofía renacentista –como se acaba de decir– fue el abandono de su aislamiento, de su voluntaria reclusión en el mundo de las puras abstracciones, para dar razón de los grandes problemas políticos y sociales. La primera generación salmantina marcó un estilo –después acogido por muchos otros– caracterizado por el debate sobre la legitimidad ética de la conquista de América. También debe subrayarse la importante discusión sobre los

derechos humanos de los amerindios y la ilicitud de la esclavitud de los afroamericanos en la que intervinieron Tomás de Mercado, Bartolomé de Albornoz, Francisco García, Diego de Avendaño y otros muchos. De todo ello se informa en un epígrafe propio al final del libro.

Figura destacada del quinientos español fue Domingo de Soto, discípulo inmediato de Francisco de Vitoria, importantísimo lógico y precursor de la ciencia económica mercantilista. Su talante nos lleva a la conjunción de la filosofía renacentista con la filosofía moderna; allí hay que incluir a Miguel Bayo, Luis de Molina, Domingo Báñez, Francisco Suárez y Juan de Santo Tomás, sin olvidar los magníficos cursos académicos *Complutensis*, *Conimbricensis* y *Salmanticensis*. Con la escolástica barroca se agota el ciclo medieval. La Revolución Gloriosa (1689) marca la divisoria de aguas.

En la bibliografía final he mantenido el criterio de referir sólo exposiciones de historia de la filosofía medieval publicadas en lengua española, salvo algunas excepciones en lengua portuguesa.

Al terminar esta presentación, agradezco al Prof. Dr. Juan Cruz Cruz, director del *Proyecto de Pensamiento clásico español (ss. XIV-XVII): su inspiración medieval y su proyección en la filosofía contemporánea*, la acogida que ha dispensado a esta obra; a la Prof. Dra. Elisabeth Reinhardt, la atención con que ha leído el original y todas sus sugerencias; y a la Dra. M^a Idoya Zorroza, el esmero con que ha cuidado la preparación del original para la imprenta, la ampliación de las referencias bibliográficas, su especial colaboración en los epígrafes 110 y 111 y la elaboración del índice onomástico.

Pamplona, 1 de abril de 2003

NOTA A LA SEGUNDA EDICIÓN

Esta segunda edición incorpora algunas novedades: he corregido las erratas; he enmendado determinados datos históricos incorporando los nuevos hallazgos de la historiografía; he actualizado la bibliografía en algunos epígrafes y ampliado algunos pasos. He cambiado por completo los párrafos §6 y §87 (éste dedicado a Duns Escoto) y he añadido el §112.

Pamplona, 1 de enero de 2007

NOTA A LA TERCERA EDICIÓN

He revisado casi todo el texto. He corregido bastantes enunciados, aquí y allá, subsanando erratas o matizando algunos juicios, y he añadido referencias bibliográficas (también en la bibliografía final). He introducido el epígrafe § 99 (Sobre el paso de la Edad Media al Renacimiento), para ofrecer una perspectiva del debate habido a finales del siglo XIX y primeros años del XX, principalmente en el área de habla alemana (Jacob Christoph Burckhardt, Wilhelm Dilthey y Konrad Burdach), acerca de la continuidad o discontinuidad entre la Baja Edad media y el Renacimiento. En tal discusión se cruzaron importantes intereses confesionales y una implícita revisión de la figura de Martín Lutero, magnificando o minorando, según los casos, su protagonismo en los inicios de la modernidad europea. He retocado en especial los epígrafes dedicados a San Agustín, el *corpus dionysianum*, Santo Tomás, Egidio Romano, Juan Duns Escoto, Guillermo de Ockham, el Cusano, Erasmo de Rotterdam y Francisco Suárez, y he reescrito y ampliado el apartado que se ocupa de Juan de Santo Tomás, para hacer justicia a sus méritos y reivindicar su modernidad (contra el parecer de muchos medievalistas y modernistas). También he añadido un extenso epílogo, a modo de conclusión general.

Con esta nueva versión de mi manual se cierra un ciclo docente sobre la filosofía medieval, que ha durado casi tres décadas. A lo largo de esos años el presente volumen ha doblado el número de páginas, al compás de las seis ediciones que ha tenido y, también por ello, ha cambiado de título después de la tercera: las tres primeras rotuladas *Historia de la filosofía medieval*; las tres siguientes, *La filosofía medieval. Desde sus orígenes patrísticos hasta la escolástica barroca*.

Mi reconocimiento a la Prof. Elisabeth Reinhardt, que compartió conmigo la docencia desde 1996 y me ayudó con muchas sugerencias. Asimismo, mi gratitud a los colegas que, desde otras disciplinas filosóficas, me han ayudado a mejorar el original en los distintos momentos de su redacción: profesores Mariano Artigas (prematuramente fallecido), Ángel Luis González, Juan Cruz Cruz, Rafael Ramón-Guerrero, Joaquín Lomba, José Luis Fernández, José Ángel García Cuadrado, María Jesús Soto Bruna, Alessandro Ghisalberti, Albert Zimmermann y muchos más. Por su generosa e inteligente colaboración, merece una mención muy especial la Dra. María Idoya Zorroza, secretaria de la “Colección de pensamiento medieval y renacentista”, que acoge esta monografía en su catálogo. No acierta el novelista Jaime Cabré, cuando escribe: “El temps s’en va sense tombar la cara”. Recordar a los buenos amigos constituye el más gratificador ejercicio de la memoria.

Doy gracias a Dios que me ha permitido desarrollar este trabajo, sobreviviendo a una grave enfermedad en 1995; y pido al Altísimo que muchos estudiosos se acerquen con admiración y respeto a la época media, que, si no fue la edad dorada del cristianismo, pues ninguna lo será hasta que se produzca la consumación, sí constituyó un largo período en que se pensó filosóficamente en armonía con la Revelación.

Barcelona, 1 de junio de 2011

NB. “[...] sento que entre aquest món i l’altre no hi ha cap envà”.*

* Joan SALES, *Incerta glòria, Segona part*, 16 d’abril de 1937, Club Editor, Barcelona, ¹²2008, p. 222, en una carta de Trini Milmany.